

Movilidad y arraigo

Desde hace algunos años, diversos investigadores sociales desarrollan líneas de estudio y comprensión sobre el tema de la migración de los jornaleros agrícolas, así como de las redes sociales que forman y utilizan para trasladarse desde sus lugares de origen hacia regiones de mayor desarrollo en las que se cultivan productos que demandan una gran cantidad de mano de obra. En el caso del norte del país, donde se ubican grandes productoras hortícolas dedicadas principalmente a la exportación, existen empresas con un alto desarrollo tecnológico que cada vez demandan un mayor número de trabajadores. Por eso, lejos de disminuir con la modernización, las migraciones de entornos rurales hacia zonas agrícolas adquieren cada vez mayor importancia.

Por medio de varios artículos, en este volumen de *Diario de Campo* se realiza un análisis de las condiciones de vida y de trabajo de quienes migran desde el sur y sureste hacia los complejos agroindustriales del norte y noroeste del país, específicamente a Baja California, para trabajar como jornaleros agrícolas. El amplio rango de los temas que integra este número muestra la problemática de los lugares de origen, del lugar de llegada y del grupo migrante ya constituido. Así, los textos nos introducen en la pobreza endémica en las comunidades de origen y la necesidad de migrar para obtener trabajo; en el cambio de condición de migrante temporal a “asentado”; en el abanico de actividades que desempeña la población migrante en sus lugares de trabajo; en sus condiciones de vivienda, salud y desigualdad, y en diversas problemáticas en el interior de los grupos migrantes debido a cuestiones de género, adaptación y cambio cultural.

Si bien en esta entrega de *Diario de Campo* se pone en evidencia la desigualdad de opciones en los mercados de trabajo nacionales para la población indígena, como una forma de “minorización” que refuerza la exterioridad del mercado de trabajo al que tienen acceso, no sólo se considera la migración en la medida que desarticula pueblos y comunidades, sino también como un factor que integra “nuevas” poblaciones, “nuevas” comunidades campesinas que se crean y organizan con base en las relaciones de parentesco y de residencia, pero que también incluyen a individuos y grupos de diversas comunidades e incluso de distintos grupos étnicos, los cuales se integran en una unidad social y económica que se desarrolla y se manifiesta en términos culturales particulares.

Un caso específico de un entorno que en conjunto sirve como escenario para lo anterior es el valle de San Quintín, del cual la prensa dio noticias hace poco más de un año. Ubicado en el municipio de Ensenada, en el estado de Baja California, este valle ya no es sólo un lugar de circulación y paso transitorio de jornaleros agrícolas, sino que además se convirtió en el lugar de residencia de miles de familias, de una sociedad con apego territorial. Muchos de estos trabajadores son indígenas mixtecos, triquis y zapotecos que antes viajaban de manera temporal a San Quintín durante la época de cosechas, pero que a raíz de la demanda de mano de obra más estable por parte de la industria hortícola se asentaron y echaron raíces en la región.

En San Quintín la migración temporal y el asentamiento residencial constituyen un proceso en el que se generan cambios en las relaciones sociales entre los trabajadores agrícolas indígenas, quienes resignifican patrones de identidad en un contexto cultural originalmente hostil donde residen, trabajan y asimilan otras formas de vida, donde luchan contra prejuicios discriminatorios a la vez que reivindican una orientación vital marcada por ideales de dignidad y libertad asociados con una residencia autónoma y estable.

Isabel Campos Goenaga